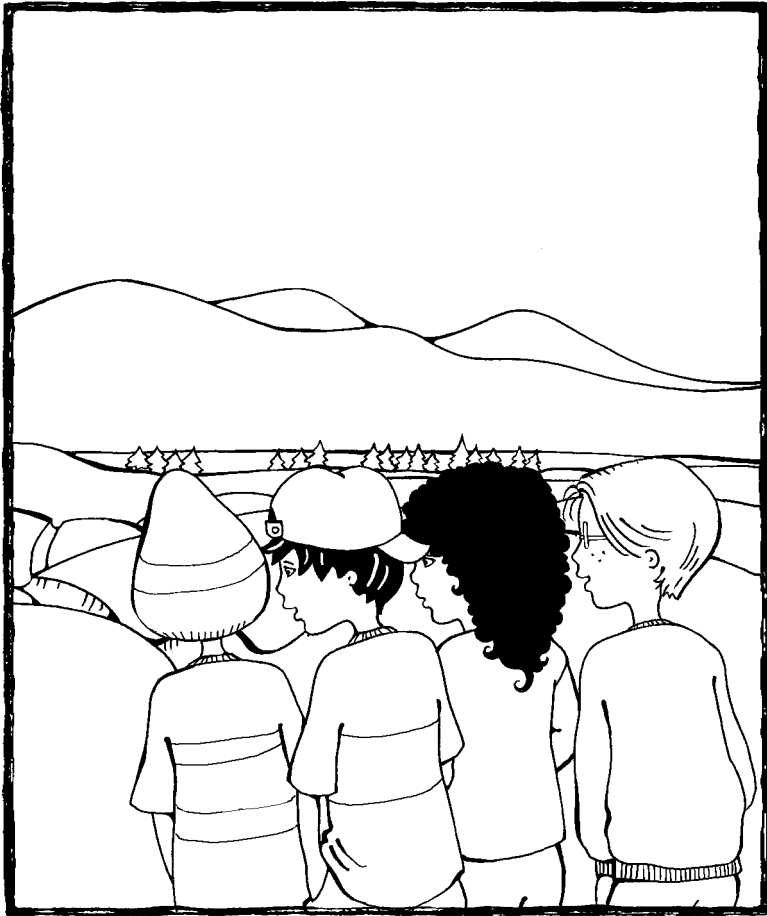


# Rodar por la Serpiente

Un libro de lectura de Reading A-Z • Nivel 5

Número de palabras: 1,969



Reading a-z

Visite [www.readinga-z.com](http://www.readinga-z.com)  
para encontrar miles de libros y materiales.

LECTURA • 5

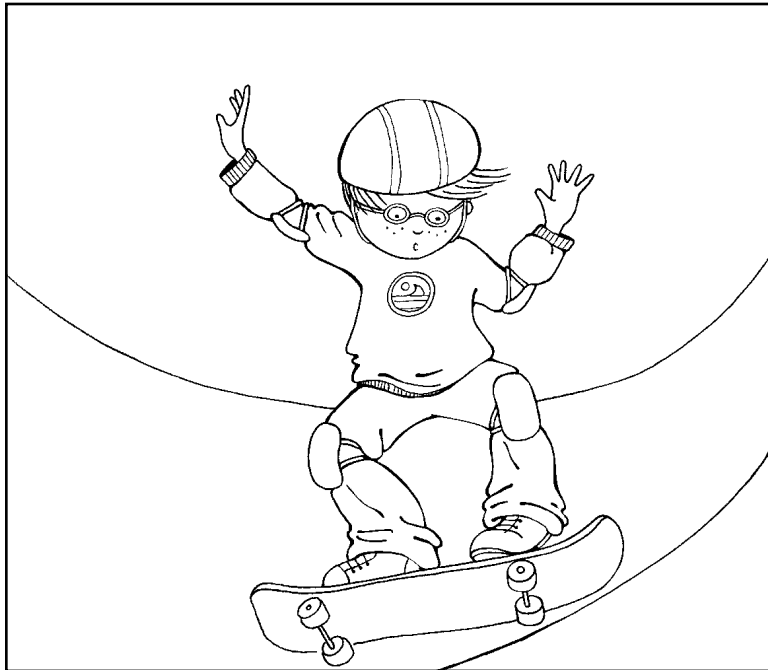
# Rodar por la Serpiente



Escrito por Stephen Cosgrove  
Ilustrado por Carolyn LaPorte

[www.readinga-z.com](http://www.readinga-z.com)

# Rodar por la Serpiente



Escrito por Stephen Cosgrove  
Ilustrado por Carolyn LaPorte

[www.readinga-z.com](http://www.readinga-z.com)

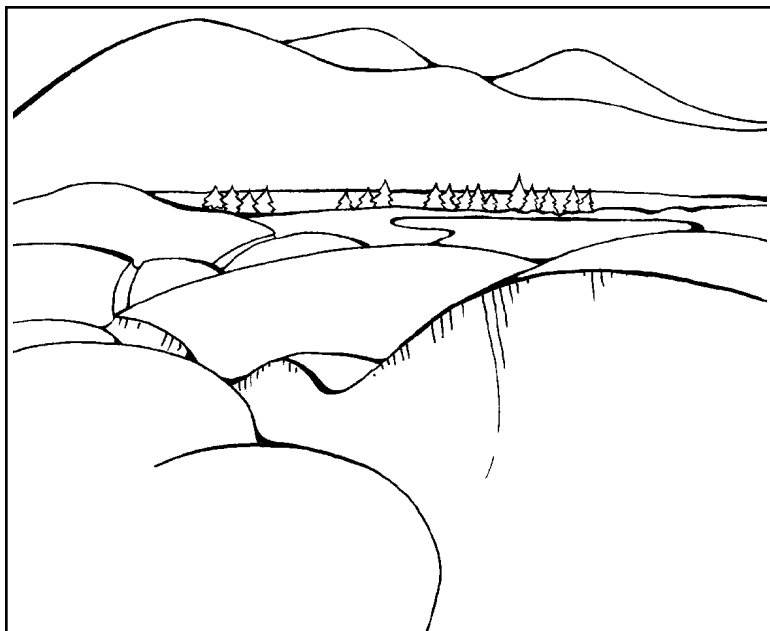
Rodar por la Serpiente  
(Wheeling the Snake)  
Libro de lectura Nivel S  
© 2002 Stephen Cosgrove  
Escrito por Stephen Cosgrove  
Ilustrado por Carolyn LaPorte  
Traducido por Lorena F. Di Bello

ReadingA-Z™  
© Learning Page, Inc.

Todos los derechos reservados.

Learning Page  
1630 E. River Road #121  
Tucson, AZ 85718

[www.readinga-z.com](http://www.readinga-z.com)

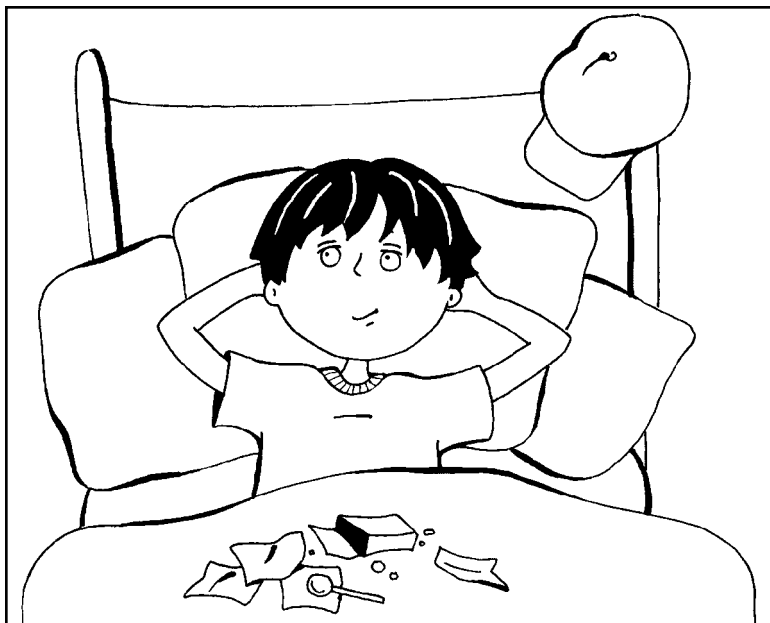


En la zona del este de Washington hay ondulantes colinas llamadas Horse Heavens. Hay manantiales naturales aquí, que alimentan el Lago Elliot. Desde un dique que está a la cabecera del lago, acequias de hormigón de casi 3 metros de profundidad y casi 5 metros de ancho conducen agua de riego a las tierras de cultivo que se encuentran camino abajo. Una de estas acequias serpentea ocho kilómetros hacia abajo en dirección a los campos de alfalfa cerca de la ciudad de Benton. En noviembre y diciembre, se detiene el agua y el conducto de hormigón se vacía.

Desde la ciudad de Benton, puedes ver la acequia de hormigón bajando en curvas desde el lago. Los patinadores de tablas y los patinadores en línea de la Primaria Drury y de la Secundaria Benton la llaman la Serpiente. El objetivo es atravesar la Serpiente sobre el rodado que elijas desde el principio hasta el final. Si se caen, ellos le dicen que te mordió.

Aquellos pocos que realmente bajaron sobre ruedas por la Serpiente se cosieron un parche que tiene una serpiente enrollada en sus chaquetas.





Tarde una Noche de Brujas, Isac de diez años de edad estaba todavía despierto. Estaba en la cama sin ninguna esperanza de poderse dormir pronto. Había estado pidiendo trato o trampa más temprano, y se había comido la mayor parte de sus dulces en el camino. Obtuvo un montón de dulces. Comió un montón de dulces.

Pero no era el azúcar lo que lo mantenía despierto. Más temprano ese mismo día habían cerrado las compuertas del sistema de riego.

¡La Serpiente estaba con vida!



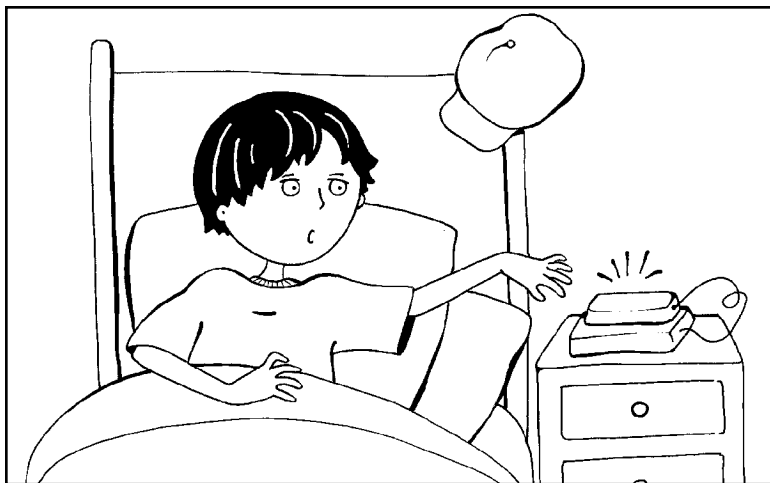
Isac estuvo soñando despierto con ondulaciones, recodos, curvas y con el carril de hierro de 6 metros de largo y medio metro de alto que corría a lo largo de la parte inferior en una área llamada acequia Lagartija.

Luego venía la Serpiente misma. Sólo un puñado de adolescentes mayores habían bajado rodando por la Serpiente sin ser mordidos y habían ganado el parche.

Isac quería desesperadamente ese parche.

El año pasado cuando patinaba en su tabla por la acequia Lagartija, solía mirar hacia arriba a la Serpiente y soñar cómo la bajaría. Por supuesto, nunca lo hizo.

Pero Isac sabía que él y su mejor amigo, Sam, iban a hacerlo. Él y Sam eran dos de los tres mejores patinadores de tabla de la escuela.



Aunque era tarde, decidió llamar a Sam y decirle que este era el año. Iba a tomar el teléfono justo cuando sonó.

Sobresaltado, contestó, —¿Hola?

—Hola, soy Yésica. —Yésica era la tercera mejor patinadora de tablas de la escuela, aunque era una niña y también era amiga de Isac. —Hagámoslo —dijo ella.

—¿Hagamos qué?

—La Serpiente —ella lo desafió—. ¡Tú, Sam y yo!

—Bueno, Yo . . . —Se oyó un golpe en la puerta de su dormitorio.

—Isac —dijo su papá desde el corredor—, ¿quién es en el teléfono?

—Es Yésica.

—Bueno, no tardes mucho.

—No tardaré.

Hizo una pausa de un segundo, tanto como para esperar que su papá se alejara por el corredor como para idear una respuesta para Yésica.





—Discúlpame —dijo él.

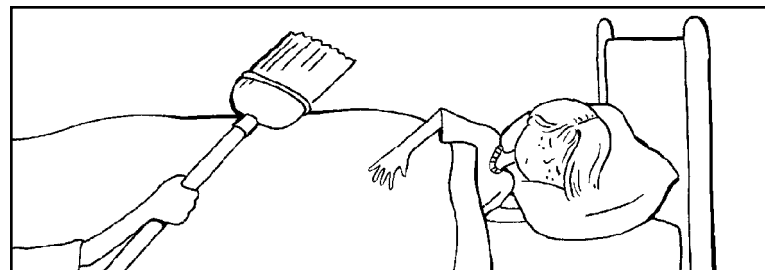
—Bien —preguntó ella—, ¿quieres?

—Esto es tan raro. Justo estaba por llamar a Sam para preguntarle lo mismo. ¡Sí, por qué no!

—¡Sííí!

—Eh —rió Isac antes de cortar—, ¡no te olvides tu escoba! —Era una tradición para los patinadores de tablas, el primer sábado después de que se cerraba el dique, barrer la acequia.

Isac se dejó caer sobre su almohada, su mente iba a toda velocidad.



La mañana siguiente, Isac llegó a la casa de Sam con su escoba. Sam todavía dormía, pero su mamá le permitió bajar a su habitación para levantarlo. Isac golpeó la cama con la escoba y Sam se despertó, rápido.

—Eh, ¿qué crees?

—¡Vamos!

—¿Ir? Oh, sí, me olvidaba. Tenemos que barrer la acequia.

—Y, —Isac dijo, sacando un chocolate pequeño de la bolsa de Noche de Brujas de Sam que estaba en el suelo—, ¡vamos a bajar con las tablas por la Serpiente!

—¡No estás hablando en serio! —dijo Sam, mientras salía de la cama rodando.

—Yésica y yo vamos a hacerlo. ¿Tú quieres?

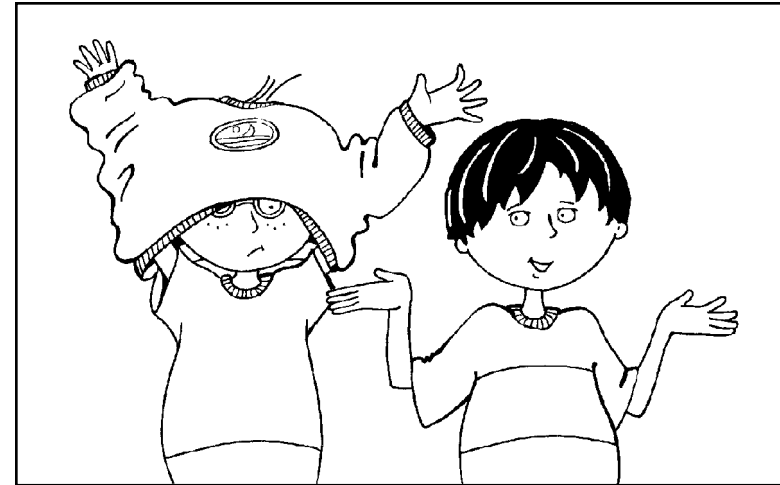
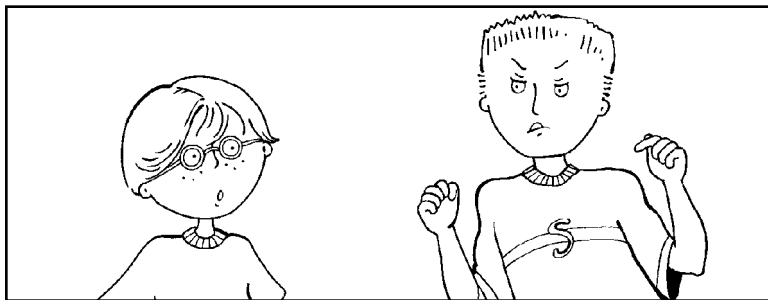
Sam, dándose cuenta de que Isac hablaba muy en serio, murmuró, —quiero, pero ¿qué pasará con Claudio?

—¡Claudio!

Claudio era un muchacho del último año de la Secundaria Benton. Era el más malo de los malos. El año pasado, mientras Sam, Yésica e Isac estaban haraganeando en el carril de la acequia Lagartija, Claudio pasó andando y dio un mal giro de espaldas de 180 grados, aterrizando justo sobre Sam.

Claudio estaba tan enojado que casi revoleó una arandela —Váyanse de aquí —dijo bruscamente. —Este no es un lugar para niños. ¡Si los veo por aquí otra vez, van a patinar con la cara!— Luego se fue patinando.

Habían evitado a Claudio desde entonces.



Mientras Sam se ponía una sudadera, continuó, —él nunca nos permitirá llegar a la parte de arriba y mucho menos bajar.

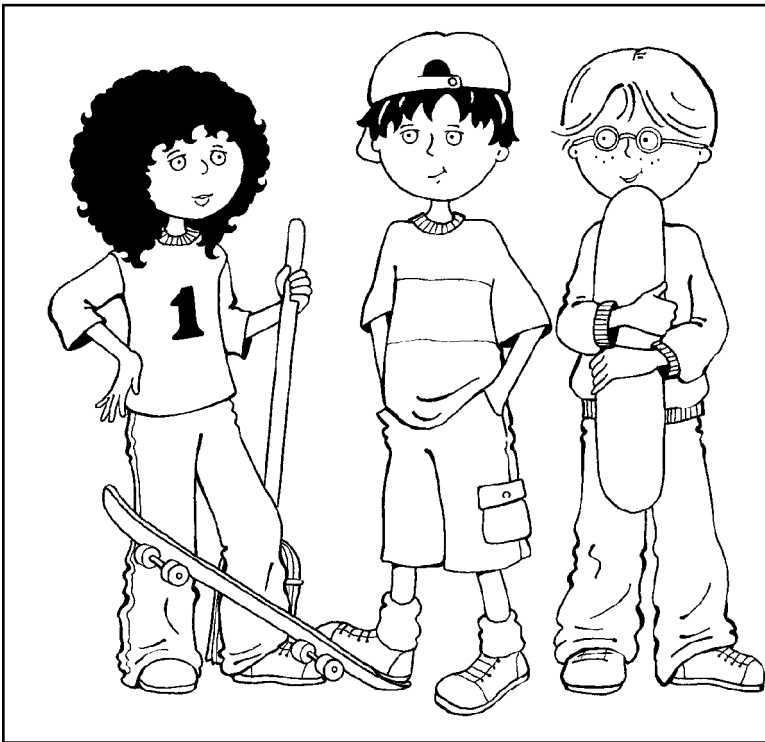
—Tengo una idea —rió Isac—. ¿Qué te parece si llevamos a Jorgito, el hermano menor de Sandra Gascón. Claudio está interesado en Sandra. Él tiene que ser simpático con Jorgito.

—¿Tenemos que hacerlo? —gruñó Sam—. ¡Jorgito anda en patines en línea, no en tabla!

—Por mí podría bailar hip-hop, me da lo mismo. Él es nuestro pasaporte a la parte de arriba —rió entre dientes Isac—. ¡Vamos!

Para cuando los muchachos llegaron a la base, Yésica ya estaba barriendo el carril Lagartija. Con la escoba en la mano, corrió hasta la parte de la curva de la acequia donde estaban ellos. —Malas noticias, muchachos —dijo con agudeza—. ¿Se acuerdan del año pasado? Nuestro buen amigo Claudio no nos va a dejar acercarnos a la Serpiente.

—¡No hay problema! —sonrió Isac. Jorgito Gascón nos va a permitir subir.



Como si lo hubieran llamado, Jorgito llegó en sus patines. —¿En qué andan, amigos de las tablas? —dijo sarcásticamente mientras pasaba patinando al lado.

—Eh, Jorgito —gritó Isac—. ¡Ven aquí!

—¿Qué? —preguntó Jorgito con suspicacia mientras volvía hacia el grupo de patinadores de tabla.

—Bien —dijo Isac—. Eres un buen patinador, ¿verdad?

—¡Soy el mejor! —exclamó. Yésica y Sam revolearon los ojos en signo de desagrado.

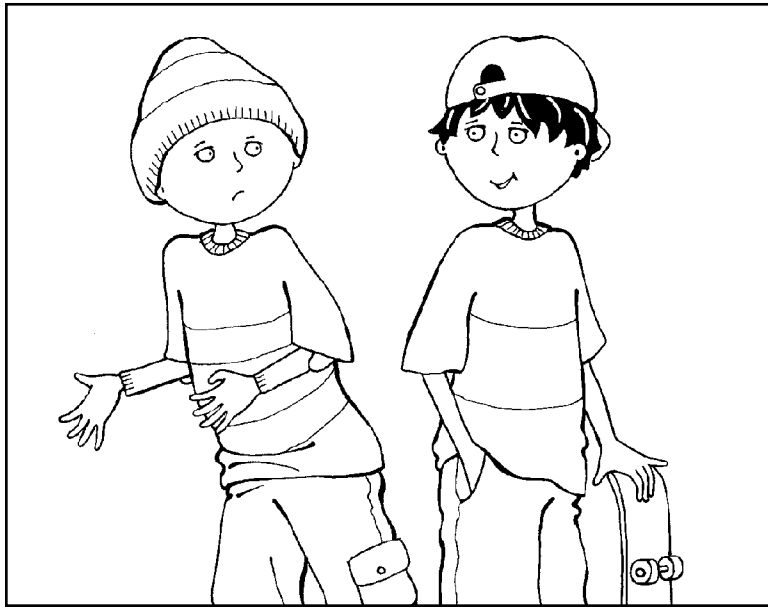


—Entonces ¿no dudas si puedes bajar por la Serpiente o no? —preguntó Isac.

—En cualquier momento —Jorgito fanfarroneó.

—Bien —continuó Isac, mirando a los otros—. Vamos a hacerlo hoy y queremos que vengas con nosotros. Búscanos aquí mismo en una hora. Subiremos juntos.

Sin ganas de rechazar el desafío, Jorgito murmuró, —pues, seguro, estaré aquí. —Trató de ocultar su miedo mientras se iba patinando.

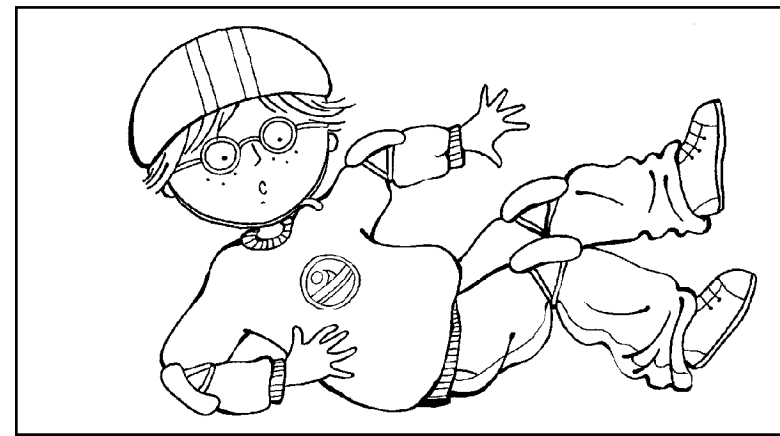


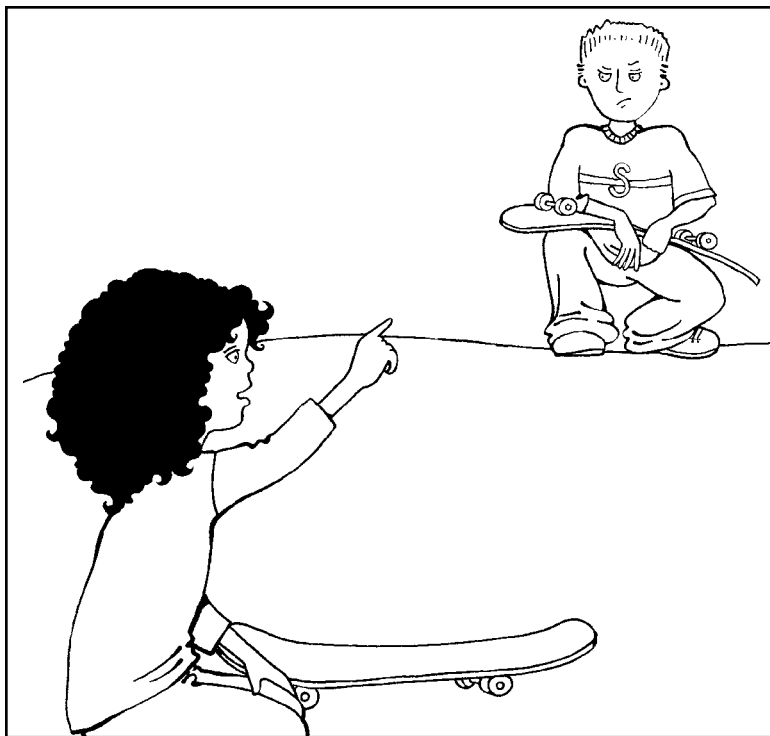
Sin decir una palabra, los tres comenzaron el calentamiento, patinando por el carril. Estaban tan atentos en su práctica que no notaron la larga y siniestra sombra que se estiraba a través de la acequia vacía.

Sam patinó hasta un costado y estaba volviendo al otro costado para hacer un salto rápido cuando una mano grande y carnosa lo empujó en el pecho. Voló de su tabla y se resbaló con fuerza sobre el margen de hormigón. Si no hubiera sido por sus coderas, se hubiera lastimado bastante. Miró hacia arriba enojado, listo para explotar.

Su mal humor se enfrió rápidamente.

—¡Era Claudio!

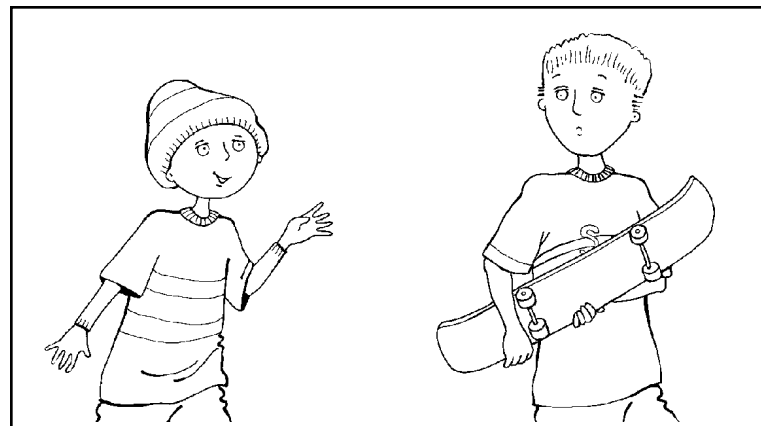




—Disculpa niño —dijo Claudio con desprecio—. No te vi.

Para ese momento, Isac y Yésica estaban arrodillados al lado de Sam mirando al matón. —Eso es de cobardes, Claudio —gruñó Yésica—. ¡Eres un perdedor!

Claudio nunca estaba de humor como para aceptar nada de nadie, ni siquiera de una niña. Dejó caer su tabla y comenzó a bajar por el conducto.



Justo en ese momento Jorgito apareció patinando. —Eh, Claudio —dijo—, mi hermana está abajo en la base y quiere hablarte. Dijo algo sobre una película.

—¿Qué? ¿Sandra? —preguntó Claudio, distraído—. ¿Quiere verme? Sin esperar una respuesta, agarró su tabla y corrió ruidosamente colina abajo.

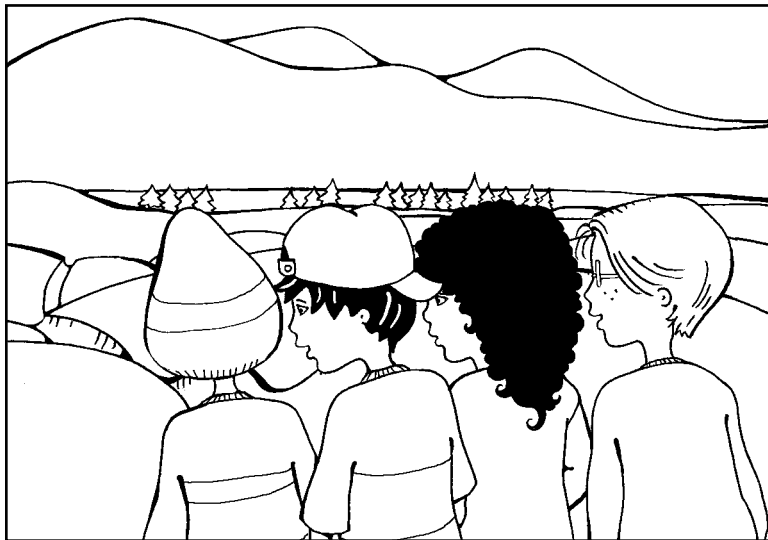
—Muchachos, sí que tuvimos suerte —Isac suspiró aliviado—. ¿Tu hermana estaba realmente buscándolo?

—No —rió Jorgito—, lo inventé.

—¡Cielos! —dijo Sam poniéndose de pie—. Subamos mientras podemos.

La caminata a la represa, el principio de la Serpiente, les tomó casi una hora. En la parte de arriba, cinco niños de la secundaria estaban ahí parados sin hacer nada, haciendo girar las ruedas de sus tablas. Uno de ellos estaba tratando de detener la sangre que salía de un rasguño feo que tenía en el brazo. El grupo se veía nervioso, ninguno de ellos parecía preparado para probar la Serpiente.

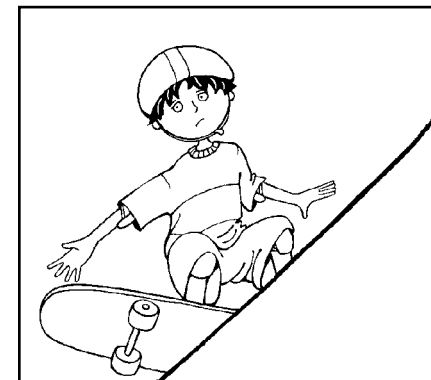
Jorgito, Isac, Yésica y Sam se dieron vuelta todos juntos y miraron hacia abajo. La acequia era empinada e iba derecho por unos cien metros doblando luego en un pronunciado giro hacia la derecha.

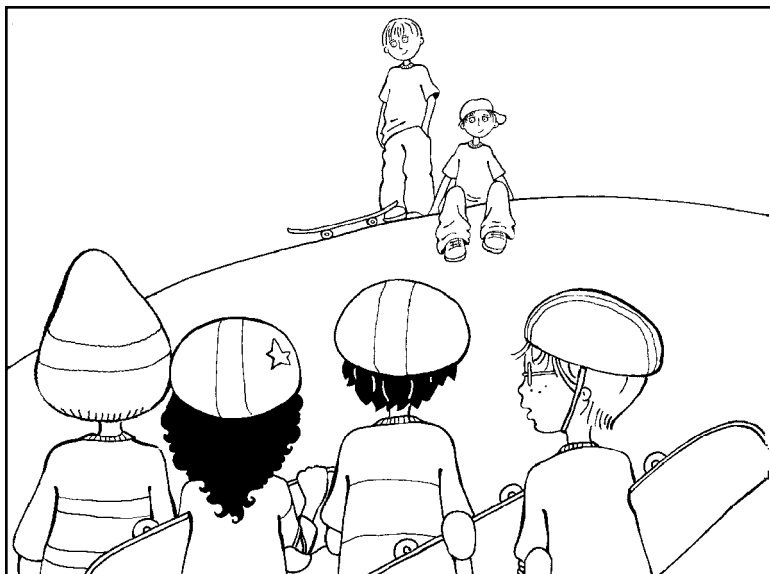


Mientras los tres patinadores de tabla observaban, Jorgito se sentó nerviosamente en el borde de la acequia y se ató las botas de sus patines en línea. Sumergidos en sus propios pensamientos, no dijeron nada. Jorgito respiró profundamente, —bien, ¡hagámoslo!

Isac se paró sobre su tabla y se puso en cuclillas apenas haciendo que las ruedas mordieran el borde de la acequia. Podía escuchar a los demás que lo seguían. La acequia era más empinada que cualquier otra cosa que haya patinado antes, y pronto estaba yendo demasiado rápido como para dar el primer giro. Pisó la cola de su tabla y se deslizó hasta detenerse.

Los otros se detuvieron detrás de él.  
—No sé —dijo Isac indecisamente—, esto es realmente empinado.





Desde arriba, insultos y silbidos venían de los de la secundaria. Encontraban un poco de valor acosando a aquellos que habían tomado el desafío que ellos mismos no pudieron tomar.

Los cuatro podrían haber cambiado de opinión. Podrían haber bajado caminando. Pero Yésica rechazó esa opción. —¡Lo mismo va para ustedes! —les contestó gritando. Luego se paró sobre su tabla, y así sin más, ¡se fue!

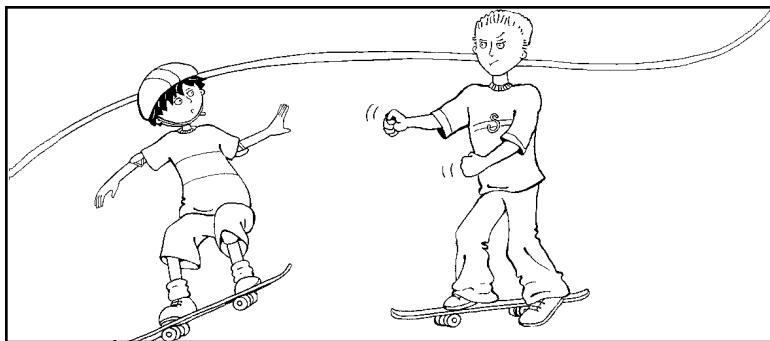
Los otros, por no ser superados por una niña, siguieron.

Bajaron al vuelo la siguiente sección sin problemas. Estaban yendo tan rápido, que sus pulmones quedaban sin aliento. Habían pasado varios de los primeros giros cuando Sam pasó a Yésica y luego se inclinó hacia uno de los bordes. Dio una vuelta irregular de 360 grados y casi se cae, casi lo mordía.

Una vez más, pararon.

Todos respiraban con dificultad, visiblemente asustados. Como si fuera posible, la Serpiente era aún más empinada en esta sección. Sin decir una palabra subieron hasta la parte de arriba de la acequia donde se vieron enfrentados a Claudio.



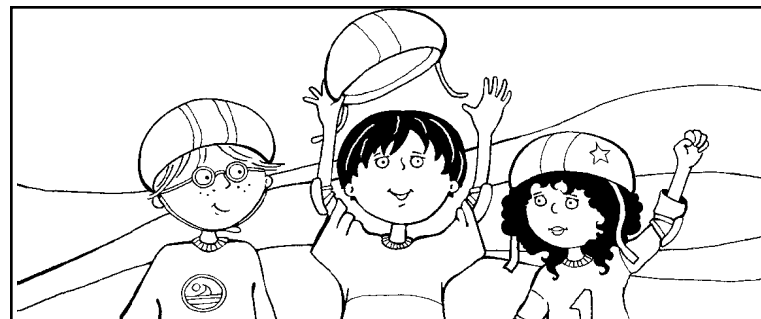


Cuando Claudio estaba así de enojado, le gustaba pegarle a algo. El único algo que tenía a mano era Isac.

Gritando insultos, Claudio balanceó su puño. Isac tenía dos opciones, subirse a su tabla y patinar, o dejar que Claudio hiciera su práctica de boxeo.

En realidad no había elección.

Con las ruedas rugiendo sobre la áspera superficie de hormigón, los cuatro se lanzaron colina abajo. Volaron hacia la curva final y a través de una multitud que se había juntado en el borde de la acequia Lagartija. Los últimos 100 metros de hormigón fueron sólo destellos y polvo a medida que cada uno pasaba raspando por los bordes hasta detenerse.



Se quedaron allí parados mirando aturcidos y tratando de recuperar el aliento. Colina arriba, niños de su escuela venían corriendo hacia ellos, dando alaridos y gritando.

Los cuatro se miraron y luego rieron.

Realmente no había nada que decir. Habían hecho lo que pocos habían hecho antes. Habían bajado rodando la Serpiente y a ninguno de ellos los mordió.

Los patinadores de tabla y en línea de todo el condado todavía hablan de esa bajada. Así comienzan las leyendas.

Eso es lo que hace que rodar por la Serpiente sea lo fantástico que es. Pocos lo han intentando y muchos menos han ganado el parche de la serpiente enroscada.